



Vallejo migrante en *Los heraldos negros* (1919)

Migrant Vallejo in *The Black Heralds* (1919)

FRANCISCO TÁVARA CÓRDOVA¹

RESUMEN

Los enfoques que se han realizado sobre el primer poemario de César Vallejo, publicado hace 100 años, han sugerido, desarrollado y profundizado la presencia de diversos temas entre los que destacan las alusiones romántico-amorosas, las imágenes familiares y el sentimiento nacionalista por la presencia de elementos de la cultura indígena. No obstante, existen aún algunos temas por desarrollar, uno de ellos; la migración. En tal sentido, esta ponencia centrará su atención en el análisis del tema de la migración en *Los heraldos negros*. Sostengo que son varios poemas donde aparece esta figura, ya sea a la manera de una anunciación del viaje o la partida, o como alusión al recuerdo nostálgico del lugar de origen que se ha dejado por desplazarse de un espacio a otro. Para entender más certeramente el análisis de este tema, emplearemos algunas referencias a otros textos de Vallejo donde expresa este sentimiento: cartas, poemas de *Trilce* y algunos de sus poemas póstumos.

PALABRAS CLAVE: César Vallejo; *Los heraldos negros*; migración; poesía peruana.

ABSTRACT

The approaches that have been made to César Vallejo's first collection of poems, published 100 years ago, have suggested, developed and deepened the presence of diverse themes, including romantic-loving allusions, family images and nationalist sentiment due to the presence of elements of indigenous culture. However, there are still some issues to be developed, one of them is migration. In this sense, this lecture will focus its attention on the analysis of the issue of migration in *Los heraldos negros* (*The Black Heralds*). I maintain that there are several poems in which this figure appears, either as an announcement of the journey or departure, or as an allusion to the nostalgic memory of the place of origin that has been left behind to move from one space to another. To understand the expression of this theme more accurately, some references to other texts of Vallejo, where he expresses this feeling, will also be used: letters, poems from *Trilce* and some of the posthumous poems.

1. UNIVERSIDAD RICARDO PALMA, PERÚ | fatavara@gmail.com

KEYWORDS: César Vallejo, *The Black Heralds*; migration; Peruvian poetry.

INTRODUCCIÓN

Una de las voces poéticas que ha enriquecido la tradición literaria escrita en español es la de César Abraham Vallejo Mendoza. Su aventura poética comenzó desde temprano e iría madurando con el paso del tiempo. El primer lector que probablemente contribuyó para que Vallejo definiera su camino poético fue Antenor Orrego, guía y mentor del grupo “El Norte”.

Para los especialistas que han estudiado y continúan estudiando la poesía de Vallejo, desde Orrego en las primeras décadas del siglo XX hasta Enrique Foffani en el siglo XXI, esta alcanza la universalidad porque logra expresar los sentimientos más profundos e intensos que abaten al ser humano, sentimientos que abarcan desde el desconsuelo que produce el saberse desamparado por Dios y por las certezas aprendidas tras años y años de lecturas filosóficas, jurídicas e históricas; hasta aquellos otros sentimientos producidos, más bien, por experimentar la carencia y la fragilidad de la existencia; probablemente tal como lo expresó Vallejo en el poema “Los dados eternos”, uno de cuyos versos expresa lapidariamente:

Dios mío, si tú hubieras sido hombre,
hoy supieras ser Dios;
(Vallejo, 2012, p. 183).

Sin embargo, lo que pretendo realizar en esta ocasión no es una ampliación de los motivos que hacen de la poesía vallejana un patrimonio humano, por el contrario, optaré por presentar una faceta que se devela en alguna de sus cartas y algunos de los poemas de *Los heraldos negros*, se trata de la imagen del poeta migrante que anhela regresar al terruño, al círculo familiar y amical. Esta conciencia poética de la distancia es la que producirá también el sentimiento y la reflexión sobre algunos de los componentes de la cultura peruana. En otras palabras, les hablaré del poeta César Vallejo migrante y de sus sentimientos y reflexiones sobre el Perú o la peruanidad.

Antes de comenzar con esta exposición es necesario tener claro que, para nosotros, la noción de peruanidad articula experiencias históricas, afectivas y culturales vinculadas con la afirmación de una identidad nacional. Probablemente uno de los pasajes del último diario de José María Arguedas sirva para ilustrar ese sentimiento, dice el autor de *El zorro de arriba y el zorro de abajo*:

Despidan en mí un tiempo del Perú. He sido feliz en mis llantos y lanzazos, porque fueron por el Perú; he sido feliz con mis insuficiencias porque sentía el Perú en quechua y en castellano. Y el Perú ¿qué?: Todas las naturalezas del mundo en su territorio, casi todas las clases de hombres [...] y ese país en que están todas las clases de hombres y naturalezas yo lo dejo mientras hierve con las fuerzas de tantas sustancias diferentes que se revuelven para transformarse al cabo de una lucha sangrienta de siglos que ha empezado a romper, de veras, los hierros y tinieblas con que los tenían separados, sofrenándose. Despidan en mí a un tiempo del Perú cuyas raíces estarán siempre chupando jugo de la tierra para alimentar a los que viven en nuestra patria, en la que cualquier hombre no engrilletado y embrutecido por el egoísmo puede vivir, feliz, todas las patrias (Arguedas, 1996, p. 246).

Son palabras que nos colocan frente a uno de los modos, probablemente de los más intensos, de sentir la peruanidad.

DESARROLLO

De las palabras testimoniales de Arguedas deducimos que la peruanidad es un sentimiento que reconoce, por un lado, la diversidad social y cultural que constituyen al Perú, y, por el otro, se trata de una conciencia que da cuenta de la constante transformación de la peruanidad. Reparemos en que la confesión de Arguedas ocurre a fines de la década de los años sesenta del siglo pasado, la metáfora con la que define al Perú como un hervidero de todas las “sustancias” o grupos humanos que confluyen en ella, es el Perú que vivimos hoy en el siglo XXI. Por ello, y de cara al bicentenario, y considerando la confluencia de una serie de procesos y dinámicas culturales, debemos de asumir la peruanidad como un sentimiento que reconoce y valora las raíces culturales indígenas, hispanas, afroamericanas y orientales que han dado y que continúan dando forma a la compleja realidad nacional. Ciertamente, podemos decir que Víctor Andrés Belaúnde (1950) acertó cuando caracterizó la peruanidad como un sentimiento de “síntesis viviente”, esto es, una actitud que no solo exalta la diversidad, que no solo celebra los símbolos y las representaciones que condensan los diversos modos de sentir lo nacional, sino que es también una disposición cognoscitiva para reflexionar sobre los problemas que atraviesan las diversas sociedades peruanas en un constante proceso de transformación.

Este sentimiento de peruanidad como adherencia y defensa de su diversidad y como actitud crítica también la hallamos en la vida y obra de César Vallejo. Tengamos presente que, como sujeto histórico y social, Vallejo es un migrante que progresivamente ha ido ampliando la geografía de su desplazamiento: de Santiago de Chuco a Trujillo, de esta a Lima, luego a París, a España y a Rusia. Entre senderos que se transitan para descender desde el pueblo hacia la ciudad, a pie o a caballo; entre puertos para abordar embarcaciones que navegarán el Pacífico rumbo al Atlántico y estaciones para tomar el tren que conduzca a las grandes metrópolis europeas; en estricto, la experiencia de peruanidad de Vallejo es la de un poeta migrante.

Esta condición es la que se presenta en algunos de sus versos más sentidos. Se trata de imágenes que condensan la dura experiencia de sentirse alejado de la familia y la patria. No olvidemos que la migración es un fenómeno social cuyos factores son diversos. Las investigaciones sociohistóricas explican que el flujo migratorio a la ciudad de Lima o del campo a las principales ciudades está motivada por el deseo de prosperidad y bienestar que se puede alcanzar toda vez que en las ciudades se concentran las grandes industrias que demandan puestos de trabajo, así como que en ella se encuentran las sedes de las instituciones que administran la justicia, la salud, la educación y la administración del Estado en general. En tal sentido, la migración es un fenómeno asociado directamente con la idea del progreso, el desarrollo y el bienestar.

Sin duda, el centralismo de las ciudades es un imán que en sus más felices realizaciones nos colocará frente a historias de personas movidas por deseos de superación que, tras esfuerzo y sacrificio, logran conquistar sus sueños, pero que, incluso habiéndolos cumplido, sienten nostalgia del terruño y lo que se tuvo que dejar para realizarlos (la familia y los amigos).

Pero también en la ciudad se protagonizarán los dramas modernos de las personas que no han logrado alcanzar lo que anhelaban, y cual parias urbanos, sobreviven al margen de la vida citadina, marginados, olvidados y con una profunda tristeza por no poder estar con la familia o bajo el cobijo del pueblo que los vio nacer.

Cuando leemos algunas de las cartas que Vallejo escribe desde Trujillo a su hermano que se encuentra en Santiago de Chuco le comenta efusivamente que su situación laboral ha mejorado y que enviará remesas para sus padres. Leamos esta epístola que escenifica el sacrificio del migrante que ha dejado el hogar para estudiar y hacerse de un futuro de posibilidades, Vallejo tiene 23 años, está en la ciudad de Trujillo y se siente migrante:

[...] Hoy mi vida de estudio y meditación diaria es qué distinta de la vida disipada de la sierra. Aquí mis horas son contadas y *me falta tiempo para vivir laborando por nuestro porvenir*. Antes, ahí me levantaba a las once, hoy antes de las seis, cuando aún raya el día estoy en pie, en mi habitación solitaria, solito con mis libros y mis papeles. Y bajo la frente pensando que, si es cierto que ya *no estoy en mi Santiago, en el seno de los míos*, que ya todo eso pasó, *pero volveré alguna tarde de enero caminito a mi tierra, mi querida tierra*. Por eso, *con esa esperanza trabajo con entusiasmo todo el día*, y cansado, cansado, cuando la tarde cae otra vez me vuelve el recuerdo dorado de ti, de la familia, de tantas otras cosas dulces. Y me pongo triste, muy triste, hermano mío! Esta es mi vida /Nuestras cursivas/ (Vallejo 2011, pp. 82-83).

Estas palabras de Vallejo expresan a cabalidad la articulación entre la migración y la manifestación de un sentimiento por su terruño. Si las releemos nos daremos cuenta que Vallejo tiene claro que el desplazamiento desde Santiago de Chuco hacia Trujillo es un sacrificio que supone conquistar el “porvenir” para él y los suyos. Le dice el poeta a su hermano Manuel Natividad que en la ciudad su vida está dedicada a trabajar desde la madrugada. La referencia al trabajo intenso y asociado a la vida en la ciudad es una imagen recurrente en el discurso del migrante que, tal como dice Vallejo, espera volver a su “querida tierra”. Esta carta remitida en mayo de 1915 tiene en las últimas líneas, la reveladora posdata que da cuenta de los frutos monetarios del sacrificio, escribe Vallejo: “A mi mamacita le enviaremos su *remesa* el mismo día sin falta” (Ibídem, p. 83).

Y como para no pensar que se trata de una mención casual y esporádica, en otra carta dirigida a su mismo hermano Manuel, julio de 1916, un año después de la anterior; leemos que la cosecha de aquel sacrificio es esta vez de orden económico e intelectual, pues no solo se trata del envío de la remesa, sino también de otro tipo de capital intelectual con el que se va haciendo futuro el migrante, estudiante y trabajador, Vallejo escribe que envía su tesis de bachiller:

Como esta carta llegará el 20, te rogamos *gires a nuestro cargo una letra a 6 días, por 40 soles, cuarenta soles, para que le entregues antes del 23 a nuestra mamacita para que le sirva en algo en la fiesta*. Como tú comprendes, en la casa han de necesitar para comprarse su ropita con anticipación; así que procura por todos los medios entregar a nuestra mamacita ese encargo el viernes o sábado a lo más [...]. Dile a mi hermano Víctor que en el otro correo le escribo, *enviándole mi tesis* y que tenga esta por suya /Nuestras cursivas/ (Ibídem, pp. 84-85).

Cuando reflexionamos sobre la experiencia migrante de Vallejo asociada al afecto por el terruño donde están los suyos, tengamos presente que su dedicado esfuerzo tiene logros. Los hechos concretos son claros: Vallejo no es un joven estudiante que deja su familia y su

pueblo para instalarse en la capital y olvidarse de las ilusiones de sus padres y de toda su familia. No es un migrante que sucumbe a los encantos de la ciudad. Por el contrario, como las cartas y los hechos lo demuestran, él tiene una idea programática respecto a que se debe trabajar, estudiar y lograr metas.

En la carta que acabamos de comentar, sentimos el respiro pausado de Vallejo tras la culminación de su tesis, probablemente, una de sus metas académicas más inmediatas desde que retomó sus estudios universitarios tras algunas interrupciones motivadas por la falta de recursos económicos para solventarlas.

El lector habrá advertido que venimos presentando la idea de migrante desde algunas de las epístolas y no desde los poemas. Procedemos de este modo toda vez que se trata del contexto que envuelve la composición de los poemas que más adelante integrarán *Los heraldos negros*. Si lo advertimos se trata de epístolas que nos informan sobre la formación del sentimiento de migrante que Vallejo plasmará con diversa intensidad en sus obras, ello porque lo motivan la gran sensibilidad del poeta, el inmenso amor hacia su familia y el fuerte apego a la tierra que lo vio nacer. Como lo venimos explicando, la experiencia del alejamiento tendrá incidencia y plasmación directa en sus epístolas y su creación literaria.

La conciencia de migrante se expresa, en tal sentido, de manera concisa y germinal en *LHN* toda vez que la experiencia de Vallejo al publicarla lo ha conducido de Santiago de Chuco a Trujillo y de esta a Lima; aún queda la experiencia del migrante que abandonará el país para viajar rumbo a Francia, luego a Madrid y de allí a Rusia.

No obstante, aquel sentimiento por Santiago de Chuco y la familia siempre estará presente en Vallejo. Los estudiosos lo han explicado sobre todo tomando como ejemplo los clásicos poemas de la sección “Canciones de hogar” que pertenece a *LHN* (1919). El poema donde se hace presente ese sentimiento de alejamiento del hogar, esos versos que condensan con precisión el ambiente espiritual de un hogar cuyos hijos fueron, uno a uno cogiendo su camino (destino), seguramente migrando hacia la ciudad para conquistar los sueños, esos versos están en el poema “Los pasos lejanos”, los cuales dicen:

Mi padre duerme. Su semblante augusto
figura un apacible corazón;
está ahora tan dulce...
si hay algo en él de amargo, seré yo.

Hay soledad en el hogar; se reza;
y *no hay noticias de los hijos hoy*.
Mi padre se despierta, ausculto
la huida a Egipto, el restañante adiós.
Está ahora tan cerca;
si hay algo en él de lejos, seré yo.

Y mi madre pasea allá en los huertos,
saboreando un sabor ya sin sabor.

Está ahora tan suave,
tan ala, tan salida, tan amor.

*Hay soledad en el hogar sin bulla,
sin noticias, sin verde, sin niñez.
Y si hay algo quebrado en esta tarde,
y que baja y que cruje,
son dos viejos caminos blancos, curvos.
Por ellos va mi corazón a pie
/Nuestras cursivas/ (Vallejo, 2012, pp. 198-199).*

Se trata de un poema cuyos versos trazan los bordes de la cercanía y la distancia, son versos que también hablan de la soledad, la nostalgia y el regreso imaginario de un hijo que siente lejos a sus padres; en “clave autobiográfica” es un poema que comunica el sentimiento del migrante que recuerda el hogar, y al que retorna imaginativa y sentidamente, tal vez para hallar en él la luz necesaria para transitar por tiempos oscuros. El poema parece estar poniendo en escena el inevitable proceso de crecimiento y maduración de los hijos, y por tanto el vacío del hogar familiar para cuando estos marchan tras sus sueños.

“Los pasos lejanos” es el poema por donde penetramos a la sensibilidad de un Vallejo que tiene articulados sus sentimientos filiales y raigales, su voz es la de un poeta migrante que desde la distancia contempla el pasado y piensa en su familia, en sus raíces que le hacen recordar el “poyo”, la “sala”, el “zaguán”, los “corredores”, los “juegos”, su “casa” y sus afectos “de junco y capulí”. Se trata de una experiencia vital y territorial que está alimentando y definiendo la identidad de su lenguaje poético.

Esta experiencia madurará y se hará más abarcadora y profunda en el sentido de encarnar las raíces de una cultura, ya no solo será su pueblo Santiago de Chuco. Por ello no extraña que en el poema “Huaco” se exprese afirmativamente el sentimiento de identidad y la conciencia de una de las raíces culturales de nuestro Perú:

Yo soy el corequenque ciego
que mira por la lente de una llaga,
y que atado está al Globo,
como a un huaco estupendo que girara.

Yo soy el llama, a quien tan sólo alcanza
la necesidad hostil a trasquilar
volutas de clarín,
volutas de clarín brillantes de asco
y bronceadas de un viejo yaraví.

Soy el pichón de cóndor desplumado
por latino arcabuz;
y a flor de humanidad floto en los Andes
como un perenne Lázaro de luz.

Yo soy la gracia incaica que se roe
en áureos coricanchas bautizados
de fosfatos de error y de cicuta.
A veces en mis piedras se encabritan
los nervios rotos de un extinto puma.

Un fermento de Sol;
¡levadura de sombra y corazón!
(Ibíd., pp. 147-148).

Proponíamos párrafos atrás que existe un lazo que une la experiencia migrante de Vallejo con su sentimiento peruano. La carta inicial que comentamos hace evidente su nostalgia por Santiago de Chuco y su familia. El poema que acabamos de leer, en cambio, pone en juego otros elementos más complejos. De comienzo a fin vemos desfilar una serie de elementos culturales con una profunda tradición mítica, histórica y territorial. De hecho, pensamos que es uno de los poemas de *LHN* que más nítidamente expresa la poética nacional, esa misma que seguramente leyeron Mariátegui y Arguedas, y que los llevó escribir, al primero, que se trataba de poemas que expresaban el “sentimiento indígena virginal” (Mariátegui, 1979, p. 202), y al segundo, que Vallejo es el poeta que logra expresar “el ser y el genio” del poblador andino (Arguedas, 2008, citado por Távora, 2019, p. 198).

Como se lee, desde el título del poema “Huaco” se muestran llamativamente elementos vinculados con la historia del pasado prehispánico. Pero estos componentes de la memoria histórica nacional pasarían como meras alusiones si es que la voz del poeta no afirmara ser suma, proceso y síntesis de la confluencia de nuestra historia, es lo que leemos cuando escuchamos decir: “Yo soy”, “el huaco”, “la llama”, “el corequenque”, “el cóndor”, “el puma”, “el sol”, “el yaraví”, “la gracia incaica”, “la piedra”, “el fosfato” y “los Andes”.

Y estas afirmaciones culturales de identidad y de memoria histórica no tendrían de revelador, y de actualidad, si es que en el penúltimo verso del poema no se escribiera: “Un fermento de Sol”. Por ello, nos preguntamos ¿qué idea sugiere la noción de “fermento”? ¿Tendrá algo que ver con la idea de “hervor” que varias décadas después Arguedas empleó para caracterizar la realidad social que dejaba poco antes de pegarse un tiro en la sien en los baños de la Universidad Nacional Agraria La Molina, el fatídico 2 de diciembre de 1969? Y más precisamente ¿cómo se relaciona el “fermento” vallejiano con el sentimiento y la conciencia sobre lo nacional?

Sin duda que tienen puntos de contacto. Una es parte de un verso de la segunda década del siglo XX, la otra se encuentra inserta en el diario de despedida de fines de la década de los años sesenta, pero con todo, ambas palabras son utilizadas con la misma carga de significado, y esto es, el de precisar que cuando se refiere a lo nacional, la identidad y la realidad local, se deben entender procesos que no están clausurados y que no son únicos pues como el fermento, los elementos que la componen, están mezclándose y sufriendo modificaciones constantemente. Lo peruano y la identidad es resultado de la confluencia tensa, conflictiva y variada de toda una serie de factores y elementos constantemente mutables.

En tal sentido, el sentimiento y la conciencia de lo nacional y cultural en Vallejo pasa por ese reconocimiento de la multiplicidad de realidades culturales y procesos históricos que caracterizan a cada una de las culturas que conforman la idea de lo nacional. Claramente, y como una cláusula en verso, la conciencia del poeta estampa lo que venimos explicando respecto a la identidad, la memoria, la historia y el sentimiento y razón de lo peruano, Vallejo, en “Nostalgias Imperiales I”, escribe:

y lábrase la raza en mi palabra,
como estrella de sangre a flor de músculo.
/Nuestras cursivas/ (Vallejo, 2012, p. 133).

Vallejo es uno de esos poetas migrantes que cumple el ritual de retorno al pueblo y al hogar familiar. Lo ha hecho como práctica de vida y como imaginación poética: de Trujillo a Santiago de Chuco, y de Lima, pasando por Trujillo, a Santiago de Chuco, una vez más. Los biógrafos nos han explicado que Vallejo pasaba las vacaciones de enero a marzo en Santiago de Chuco junto a sus seres queridos. Por ello, la muerte de su hermano Miguel (22 de agosto de 1915) y luego de su madre (9 de agosto de 1918) lo sorprenden cuando está tanto en Trujillo como en Lima, es decir, lejos; estudiando y trabajando.

Sin embargo, simbólicamente, su poesía hace ese recorrido de retorno tras las huellas de lo máspreciado, la madre. El poema LXV de *Trilce* (1922) nos habla de un viaje de regreso, escribe el poeta:

Madre, me voy mañana a Santiago,
a mojarme en tu bendición y en tu llanto.
Acomodando estoy mis desengaños y el rosado
de llaga de mis falsos trajines.

Me esperará tu arco de asombro,
las tonsuradas columnas de tus ansias
que se acaban la vida. Me esperará el patio,
el corredor de abajo con sus tondos y repulgos
de fiesta. Me esperará mi sillón ayo,
aquel buen quijarudo trasto de dinástico
cuero, que pára no más rezongando a las nalgas
tataranietas, la correa a correhuela.

Estoy cribando mis cariños más puros.
Estoy ejeando, ¿no oyes jadear la sonda?
¿no oyes tascar dianas?
Estoy plasmando tu fórmula de amor
para todos los huesos de este suelo.
Oh si se dispusieran los tácitos volantes
para todas las cintas más distantes,
para todas las citas más distintas.

Así, muerta inmortal. Así.
Bajo los dobles arcos de tu sangre, por donde
hay que pasar tan de puntillas, que hasta mi padre
para ir por allí,
humildóse hasta menos de la mitad del hombre,
hasta ser el primer pequeño que tuviste.

Así, muerta inmortal.
Entre la columnata de tus huesos
que no puede caer ni a lloros,
y a cuyo lado ni el Destino pudo entrometer
ni un solo dedo suyo.
Así, muerta inmortal.
Así
(Vallejo, 2012, pp. 333-334).

El conjunto de las estrofas y los versos con fuertes dosis de sensibilidad filial nos hacen ver que el retorno que se anuncia desde los primeros versos es más bien una peregrinación espiritual. El poeta acomoda los versos para que no se desplomen junto con sus ilusiones. Es sincero con su madre y por ello le confiesa que está “acomodando” sus “desengaños” y la “llaga” de sus “falsos trajines”. ¿Qué pretende el poeta con esta caracterización de su peregrinar que le ha producido errancia y herida? ¿Quiere decirle que ha viajado en vano? ¿Busca decirle, tal vez, que tras su muerte nada tiene sentido o que todo sueño e ilusión han sido solo eso: ilusión y sueño? Este poema nos coloca frente a una constante que el poeta migrante casi siempre simboliza en sus versos. Se trata de que en su condición de migrante su palabra poética le hace comparecer frente a su padre, su madre, su familia y su pueblo, pero cuando retorna ellos no están; así, la muerte, el silencio y la ausencia hace imposible el reencuentro.

Como acabamos de leer, la madre está muerta y ha alcanzado en el poema la inmortalidad. Es la condena del poeta migrante: regresar de su peregrinaje y no poder reencontrarse con la madre; de esta manera el regreso del viaje se torna en una acción que abre una herida, incrementa el dolor y motiva el examen de la vida. De hecho, varios de los poemas presentan esta idea del desplazamiento y la peregrinación espiritual dolorosa, en “Nervazón de angustia” los versos iniciales de la segunda estrofa dicen:

Regreso del desierto donde he caído mucho;
/Nuestras cursivas/ (Ibíd., p. 98).

Así también en el poema “Sauce” se recrea el contexto del dolido peregrinar tras las ilusiones, dicen los versos:

cuando ya se acerca la pronta *partida*;
agoreras *voces de tristes canciones*
que en la tarde rezan una *despedida*.

...

Cerca de la aurora *partiré llorando*;
/Nuestras cursivas/ (Ibídem, p. 103).

Lo mismo en “Ausente” donde los versos expresan:

(...) La mañana en que *me vaya*
más lejos de lo lejos, al Misterio,
/Nuestras cursivas/ (Ibídem, p. 104).

Estas anunciaciones de la partida que bien podrían ser anunciaciones del desplazamiento y la migración se presentan siempre como acontecimientos que motivan dolor y tristeza tanto en el que se va como en los que se quedan. Tal vez también por ello tenga sentido leer esta especie de verso revelador con el que se inicia el poema “Los anillos fatigados”, dicen los versos:

Hay ganas de *volver*, de amar, de *no ausentarse*,
/Nuestras cursivas/ (Ibídem, p. 185).

La poesía se hace así una posibilidad de reencuentro, y tal vez, por ello vemos en el poema LXV de *Trilce* que la muerte de la madre se acompaña de la presencia de otros vivos elementos de la casa que son como símbolos de la memoria e historia familiar (el “patio”, el “corredor” y el “sillón” de “dinástico cuero”) y el terruño Santiago de Chuco. Nosotros queremos leer en esta insistente presencia topográfica no solo la manifestación de un sentimiento y una conciencia sobre la importancia que tiene para el poeta la sensibilidad familiar y la conciencia territorial, también queremos derivar de ella, la afirmación de su condición de poeta migrante: migrante en Huamachuco, Trujillo, Lima, París, Madrid y Moscú; es decir, en el mundo.

Pero también así, en cualquiera de estos escenarios, Vallejo se siente irrenunciablemente peruano. De hecho, según una anécdota, extravió su pasaporte en París entre 1932-1936. Al consultar cómo debía solucionar este delicado problema, algunos le aconsejaron que solicitara la nacionalidad francesa. La respuesta de Vallejo frente a esta proposición fue clara y contundente: “En ese caso, prefiero regresar al Perú, aunque apenas llegue me encarcelen. Si algo tengo de ser humano y vuelo de cóndor, es porque *nací en la sierra del Perú y aunque tuviera pasaporte o me lo quitaran, jamás dejaría de ser peruano*” /Nuestras cursivas/ (Ayala, citado por Hart, 2014, p. 279).

Esta condición de migrante y la conciencia de peruanidad son las que acompañarán al poeta hasta sus últimos días. Se trata de un sentimiento y una conciencia nacional sobre Santiago de Chuco, la patria familiar, el Perú y el retorno. Obviamente que no es una experiencia o condición frustrante o limitante. De ninguna manera. Los poemas en los que aparecen estos elementos nos muestran a un poeta cuyo mundo interior y exterior está atravesado por la reflexión sobre la memoria cultural y familiar tanto como por el paso del tiempo y el inevitable anhelo de imaginar el retorno. El poema “Retablo” de *LHN* en sus lacónicos versos iniciales, pero extensamente expresivos de la semántica del retorno, estampan:

Yo digo para mí: por fin *escapo* al ruido;
nadie me ve que voy a la nave sagrada.
/Nuestras cursivas/ (Vallejo, 2012, p. 181).

Préstese atención a los versos que trazan el movimiento de ida y vuelta, y, sobre todo, atender al valor sagrado que le otorga al lugar hacia donde se regresa.

En el poema XXXIV de *Trilce*, leemos también la presencia de aquel sentir que produce la distancia y el alejamiento:

Se acabó el extraño, con quien, tarde
la noche, regresabas parla y parla.
Ya no habrá quien me aguarde,
dispuesto mi lugar, bueno lo malo.

Se acabó la calurosa tarde;
tu gran bahía y su clamor; la charla
con tu madre acabada
que nos brindaba un té lleno de tarde.

Se acabó todo al fin: las vacaciones,
tu obediencia de pechos, *tu manera*
de pedirme que no me vaya fuera.

Y se acabó el diminutivo, para
mi mayoría en el dolor sin fin,
y nuestro haber nacido así sin causa.
/Nuestras cursivas/ (Ibíd., p. 279).

La asociación entre migración, sentimientos de dolor y los presentimientos del alejamiento están esparcidos por varios de los poemas de *LHN* y *Trilce*. El tercer poema del “Terceto autóctono” (*LHN*) presenta al inicio de la segunda estrofa, y entre comillas, los versos que indican la frase popular que anuncia la partida, el alejamiento, la migración; escribe Vallejo:

“Mañana que me vaya...” se lamenta
un Romero rural cantando a ratos.
(Ibíd., p. 144).

De esta manera, los poemas se tornan en escenarios donde aparece por lo general alguna clave sobre la experiencia vital de Vallejo. Incluso cuando el poeta ha procurado encerrar su palabra entre los muros del hermetismo, el mismo poeta alinea los versos, y dirigiéndose al lugar que lo vio nacer y al núcleo de la familia, es decir, Santiago de Chuco y los suyos, escribe en *Trilce* XLVII:

Ciliado arrecife donde nací,
según refieren cronicones y pliegos
de labios *familiares historiados*
en segunda gracia.

Ciliado archipiélago, te desislas a fondo,
a fondo, *archipiélago mío!*

/Nuestras cursivas/ (Ibídem, p. 303).

Algunos otros poemas de *Trilce* ponen en escena con elementos menos herméticos que el anterior, la situación del anhelo del retorno al hogar y el terruño. Decíamos que de esta manera el poeta migrante reafirmaba su condición de poeta lejos de los suyos y de la tierra que lo vio nacer, asimismo, sosteníamos que esta característica hacía que la palabra del poeta se tornara en aproximación simbólica al pasado. Aunque esto puede hacernos creer que los versos transmiten un sentimiento de nostalgia, lo que leemos es más bien una reflexión sobre el inevitable curso del tiempo. Observamos el poema LXI de *Trilce*:

Esta noche desciendo del caballo,
ante la puerta de la casa, donde
me despedí con el cantar del gallo.
Está cerrada y nadie responde.

El poyo en que mamá alumbró
al hermano mayor, para que ensille
lomos que había yo montado en pelo,
por rúas y por cercas, niño aldeano;
el poyo en que dejé que se amarille al sol
mi adolorida infancia... ¿Y este duelo
que enmarca la portada?

Dios en la paz foránea,
estornuda, cual llamando también, el bruto;
husmea, golpeando el empedrado. Luego duda,
relincha,
orejea a viva oreja.

Ha de velar papá rezando, y quizás
pensará se me hizo tarde.
Las hermanas, canturreando sus ilusiones
sencillas, bullosas,
en la labor para la fiesta que se acerca,
y ya no falta casi nada.
Espero, espero, el corazón
un huevo en su momento, que se obstruye.

Numerosa familia que dejamos
no ha mucho, hoy nadie en vela, y ni una cera
puso en el ara para que volviéramos.

Llamo de nuevo, y nada.
Callamos y nos ponemos a sollozar, y el animal
relincha, relincha más todavía.

Todos están durmiendo para siempre,
y tan de lo más bien, que por fin
mi caballo acaba fatigado por cabecear
a su vez, y entre sueños, a cada venia, dice
que está bien, que todo está muy bien.
(Ibíd., pp. 327-328).

Este poema tiene todos los elementos del universo filial de Vallejo. Están presente sus padres y sus hermanos; también los escenarios y objetos que tienen un importante significado en la estela poética vallejana: la casa, el caballo, el poyo y el pueblo. Como se advierte, el poema también ilustra esa imposibilidad del reencuentro. La simbología del poema quiere ir más allá de una mera constatación de la ausencia toda vez que inserta una fuerte dosis de tragedia. ¿Qué se pretende simbolizar en el poema, tras el llamado, la espera y la falta de contestación, al afirmar que “Todos están durmiendo para siempre”? Sin duda, la herida está abierta. El deseo no ha sido satisfecho. El abrazo y el reencuentro es una promesa, cada vez más esquiva, cada vez más imposible. Esta imagen que consideramos trágica se complementa y define con el poema “La violencia de las horas” de *Poemas humanos* (1939), en este texto se redondea la imagen de que el migrante, a su retorno, no encontrará a quienes amó, y por los que abrigó siempre la idea de regresar. Así, el retorno físico o imaginario, real o simbólico, resulta siempre una experiencia dolorosa y trágica, en tal sentido, ¿para qué volver? Veamos el poema cuyo inicio es lapidario:

Todos han muerto.

Murió doña Antonia, la ronca, que hacía pan barato en el burgo.

Murió el cura Santiago, a quien placía le saludasen los jóvenes y las mozas, respondiéndoles a todos, indistintamente: “Buenos días, José! Buenos días, María!”.

Murió aquella joven rubia, Carlota, dejando un hijito de meses, que luego también murió a los ocho días de la madre.

Murió mi tía Albina, que solía cantar tiempos y modos de heredad, en tanto cosía en los corredores, para Isidora, la criada de oficio, la honrosísima mujer.

Murió un viejo tuerto, su nombre no recuerdo, pero dormía al sol de la mañana, sentado ante la puerta del hojalatero de la esquina.

Murió Rayo, el perro de mi altura, herido de un balazo de no se sabe quién.

Murió Lucas, mi cuñado en la paz de las cinturas, de quien me acuerdo cuando llueve y no hay nadie en mi experiencia.

Murió en mi revólver mi madre, en mi puño mi hermana y mi hermano en mi víscera sangrienta, los tres ligados por un género triste de tristeza, en el mes de agosto de años sucesivos.

Murió el músico Méndez, alto y muy borracho, que solfeaba en su clarinete tocatas melancólicas, a cuyo articulado se dormían las gallinas de mi barrio, mucho antes de que el sol se fuese.

Murió mi eternidad y estoy velándola.

(*Ibíd.*, pp. 385-386).

El poema distribuye la significación de la muerte progresivamente. Estrofa tras estrofa se asiste a un listado mortuorio donde aparecen la panadera, el cura, la joven rubia, el bebé, la tía, el viejo tuerto, el perro, el cuñado y, tras la suma de defunciones, se presenta la estrofa que sintetiza la intensidad de la muerte pues en esta yacen la madre y los hermanos.

Hasta este punto se puede advertir una lógica en la palabra del poeta migrante. Esta es la que guía al lector por la ruta de su desplazamiento desde el lugar de origen hacia los distintos escenarios urbanos: Trujillo, Lima, París, Madrid y Moscú. Son estos y otros lugares donde algunas veces precisará el poeta:

Pero he venido de Trujillo a Lima.

Pero gano un sueldo de cinco soles.

(*Ibíd.*, p. 241).

Escenarios donde Vallejo recordará también que:

Fue domingo en las claras orejas de mi burro,
de mi burro peruano en el Perú (Perdonen la tristeza).

(*Ibíd.*, p. 441).

Y pese a ello, serán espacios que no impiden que el poeta le haga saber a su hermano Néstor, en una carta remitida desde Niza, de sus deseos de regresar al Perú para trabajar. Escribe Vallejo:

He sufrido mucho. Pero al propio tiempo he aprendido y aprovechado mucho de mi dolor. Sin embargo, más bien dicho, en consecuencia, me parece que debo volver a América a luchar y trabajar públicamente por mi país. He sufrido, repito, y no obstante me siento, mediante Dios, joven y fuerte y lleno de esperanza (Vallejo, 2011, pp. 280-281).

Sabemos por los poemas que hemos comentado que cuando ocurre este regreso simbólico no hay un encuentro que el poeta celebre; lo que existe más bien es una serie de escenas donde los seres a quienes más se ama, o han muerto, o permanecen en silencio. En tal sentido, el dolor, la tristeza y la pena son más que evidentes. El hecho contribuye con incrementar el dramatismo de la condición migrante del poeta. Dramatismo porque tras la migración,

el mundo personal que dejó ya no es lo que fue, solo queda recordar y acariciar algunos recuerdos. Son diversas las investigaciones realizadas respecto a por qué Vallejo no retornó al Perú, es más, el interés por verlo y tenerlo entre nosotros es tal que incluso algunos narradores han creado novelas donde el protagonista, Vallejo, regresa en secreto al Perú. Me refiero a la novela de Luis Freire Sarria titulada *César Vallejo se aburrió de seguir muerto en París* (2007). No ahondaré en el tema, por el momento, comparto una de las explicaciones más extendidas, sostiene el poeta peruano Gustavo Valcárcel (1956):

Vallejo, en vida, no pudo volver al Perú. Mejor que así haya sido. De otra guisa, los Leguía, los Sánchez Cerro o los Benavides habríanle puesto nuevamente en prisión, y quizá también se habrían secado, con su sangre, los mejores poemas que en Europa dejó al mundo, como testimonio artístico de una época y un pueblo. Pero, ahora, Vallejo está volviendo al Perú, lentamente, paso a paso, convertido en poesía inmortal. Abrámosle corazón y brazos, a fin de que permanezca ya –como debe permanecer su prócer cadáver– por siempre entre nosotros, en un hogar digno, libre y soberano. Y para sentir en cada aurora que él, a la par que su héroe de Miranda de Ebro, también estaba “lleno de mundo” (p. 12).

Quiero terminar esta reflexión sobre la imagen del poeta migrante y los elementos que acompañan su peregrinar: la nostalgia por la familia y el sentimiento por el terruño, introduciendo un fragmento del poema en prosa titulado “El buen sentido”, que pertenece al poemario póstumo *Poemas humanos* (1939). Escribe el poeta:

—Hay, madre, un sitio en el mundo, que se llama París. Un sitio muy grande y lejano y otra vez grande.

(Vallejo, 2012, p. 391).

Se trata de un pasaje en prosa poética que condensa una de las muchas imágenes de la partida del poeta hacia la ciudad que otrora fue como un imán para todos los artistas. El poeta que se prepara para el largo viaje rumbo a París, le escribe a su madre con un tono seguramente pausado, acaso también consciente de que le romperá el corazón.

CONCLUSIONES

Quedémonos con esta imagen del poeta migrante que se despide de su madre, y a través de ella, se despide también de su familia y sus amigos, deja su casa y va tras los grandes ideales de poeta. Como lectores quedémonos con esta imagen pues también se despide de nosotros cada vez que leemos sus cartas, sus cuentos y poemas. Vallejo muere un Viernes Santo del 15 de abril de 1938 en la clínica Villa Arago a las 9:20 a. m., pero antes de que este trágico suceso signifique el término de su migrancia, en realidad es el inicio. Al morir, los restos de Vallejo fueron enterrados el 19 de abril en el cementerio de Montrouge, al sur de la capital francesa, donde permaneció por treinta y dos años (desde abril de 1938 hasta abril de 1970). Solo el esfuerzo de su viuda, Georgette, hizo que el 3 de abril de 1970, los restos de Vallejo migren al cementerio donde actualmente se encuentra.

Es decir, desde hace cuarenta y nueve años Vallejo es el poeta migrante cuyos restos yacen, en el Cementerio de Montparnasse de Francia. Y, probablemente, data de casi medio siglo que muchos de sus lectores, sin saberlo, se hacen migrantes o peregrinos por él, es decir, se

alejan de los suyos y de su terruño para visitarlo al país donde, seguramente, a pesar de los palos, los panes duros y la falta de desayuno, Vallejo supo ser feliz. Vallejo migrante nos ha hecho a muchos, también peregrinos y migrantes, y así, probablemente, nos ha enseñado a valorar y querer más a nuestra patria.

REFERENCIAS

- Arguedas, J. M. (1996). *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Edición crítica de Eve-Marie Fell. Madrid/México: ALLCA XX/Fondo de Cultura Económica.
- Hart M., Stephen (2014). *César Vallejo. Una biografía literaria*. Lima: Editorial Cátedra Vallejo.
- Mariátegui, J. C. (1979). César Vallejo. En *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 202-208.
- Távora, F. (2019). La búsqueda de la justicia poética en *Los heraldos negros* de César Vallejo. *Revista Archivo Vallejo* 4(4): 187-208. Doi: <https://doi.org/10.34092/av.v4i4.90>
- Valcárcel, G. (1958). Prólogo. En Vallejo, César. *Poemas escogidos*. (Segunda edición). Selección y prólogo de Gustavo Valcárcel. Lima: Editora Latinoamericana.
- Vallejo, C. (2011). *Correspondencia completa*. Edición de Jesús Cabel. Valencia: Pre-Textos.
- Vallejo, C. (2012). *Poesía completa*. Edición de Ricardo González Vigil. Lima: Ediciones Copé.